

## **¡Antes fusilado!**

**Publicado:** Viernes 02 junio 2017 | 09:58:38 pm.

**Publicado por:** Yeilén Delgado Calvo

¿Qué hará falta para tomar, en un instante cualquiera, la decisión de hacerse guerrillero? ¿Dónde estarán las reservas de valor para renunciar al café caliente de las mañanas, al colchón domesticado por la forma propia, al beso enamorado, al sonido blanco de la sonrisa del hijo?

¡Cuánto de luz hará falta para disponerse a dar por la causa sembrada en las entrañas, más que la palabra y los desvelos, el bien de la vida! sin pregonarlo ni hacer de ello tribuna para conquistar admiraciones.

Quizá no se precisen grandes cualidades, esas que convierten a mujeres y hombres en mármol o bronce, sino una sublime comprensión del bien, un no poder dar la espalda ante el dolor.

Marcos no era de los guerrilleros más disciplinados. Sin embargo, para el trabajo no ponía trabas, exploraba caminos, construía varaentierras, balsas... y se sobreponía a las heridas impuestas por la naturaleza ruda o a las molestas larvas de mosca que debía extirparse del cuerpo.

Había llegado a las selvas bolivianas al mediodía del 20 de noviembre de 1966, y el

Che dispuso que fuera jefe de la vanguardia. Pero en aquella guerrilla no había espacio para las desavenencias, y el temperamento fuerte de Marcos causó pequeños incidentes que el Che, jefe severo y humano, no pasó por alto.

Un día, después de recibir una nueva queja de su conducta, cuenta el Che en su diario que «me exploté y le dije a Marcos que de ser cierto sería expulsado de la guerrilla, contestando él que moría antes fusilado». Marcos debió dejar la vanguardia por órdenes de su jefe, que le expuso con claridad sus errores, pero «rajarse» nunca.

«Se completó el armamento del grupo asignando la ametralladora 30 a la retaguardia (Marcos)», escribió el Che el 15 de abril de 1967 en su diario, y fue la última vez que lo mencionó.

Marcos murió el 2 de junio de ese año en la emboscada del Peñón Colorado, cerca de Bella Vista, junto al boliviano Casildo Condori Cochi, cuando se dirigían a casa de un campesino.

El Che no tenía modo de saberlo. El grupo guerrillero se había dividido tiempo antes con la idea de encontrarse luego, pero no pudo lograrlo. La separación fue agónica. Guevara no perdió jamás la esperanza.

Así, en un silencio casi anónimo, murió lejos de su país el «Tite» de la infancia en Pinar del Río, el niño que a cada rato tenía un hueso fracturado por inquieto, y que nunca quiso dejar de estudiar a pesar de tener, desde los siete años, la espalda doblada sobre el campo para ayudar al alimento de una familia de 12 hijos.

Por un sueño puro, cayó el joven albañil y carpintero de encofrado que sentía revolvérsele el estómago con los abusos y se dijo: «Yo soy un cobarde si no me voy para la Sierra». Atravesó la Isla dos veces, primero con el salario de una semana y después con lo que le dieron por sus herramientas, hasta lograr dar con los barbudos

y que lo aceptaran sin referencia alguna.

Porque tenía una esperanza, dejó de respirar el soldado Pinares, el de la ametralladora calibre 30, el de la puntería excepcional, el que un día gritó: «Aquí no se pelea con lágrimas, sino con tiros». Y después fue capitán y jefe de la retaguardia de la Columna 2 Antonio Maceo en la invasión hacia Las Villas, bajo las órdenes de Camilo.

Llamándose solo Marcos, dejó de existir a los 40 años el Comandante Pinares, el que dirigió la lucha contra bandidos en varios territorios cubanos y que fue feliz como nunca el día en que supo que integraba el primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Porque había más revolución que hacer y porque tenía la fe más fuerte, la de lo posible, «dio su vida heroicamente» —al decir de Fidel— Antonio Sánchez Díaz.

<http://www.juventudrebelde.cu/opinion/2017-06-02/antes-fusilado>

**Juventud Rebelde** | Diario de la juventud cubana

Copyright © 2017 Juventud Rebelde